

Scott DALE (ed.), *La pensadora gaditana, por doña Beatriz Cienfuegos*. Newark, Juan de la Cuesta, 2005.

Hay épocas, géneros, autores y obras que en virtud de ciertos prejuicios en torno a la historia y el valor literario han permanecido en un oscuro silencio. Se aducían razones de escasa calidad o su poco o nulo interés. En algunas ocasiones, incluso, se llegaba a negar la existencia misma de esas épocas, esos autores y sus obras. La no existencia era su única constancia en las letras españolas. Éste era el caso de *La pensadora gaditana*, una colección de textos de reflexión, de artículos de opinión, que en forma de «pensamientos» se publican primero en Cádiz y después en Madrid, dentro del nuevo género del periodismo dieciochesco. Se trata, por tanto, de una obra donde podíamos encontrar todos los prejuicios anteriores, a los que además había que añadirle las complejas dificultades de su género literario y su no menos complejo problema en torno a su ambigua autoría. Este trabajo sobre *La pensadora gaditana*, por tanto, tiene el acierto de la recuperación y de poner al alcance del público interesado un texto de difícil acceso. Recupera, pues, para el canon del siglo XVIII un texto importante, y eso ya merece nuestra reseña y aplauso. La edición que nos propone Scott Dale en la editorial Juan de la Cuesta también pretende desvelarnos todos los interrogantes que rodean la obra, desde una edición moderna de los «pensamientos» de la gaditana Beatriz Cienfuegos. Pero vayamos por partes.

Hasta hace bien poco, salvo para cierto mundo académico, el conocimiento que se tenía sobre *La pensadora gaditana* era bastante reducido, más allá de unas cuantas notas que se resumían en «una de las publicaciones periódicas que aparecen en el Cádiz del siglo XVIII, y que tienen la particularidad de ser firmada por una mujer», un dato este último bastante controvertido, pues algunos piensan que en realidad se trataba de un pseudónimo tras el que se escondía un clérigo. En cualquier caso, *La pensadora gaditana* comenzó a publicarse en julio de 1763, todas las semanas, hasta julio de 1764. La componen un total de 52 «pensamientos», que pueden situarse en la línea de crítica social y de costumbres del periodismo de opinión de la época.

Sin embargo, también es cierto que desde unos años hasta ahora la situación ha cambiado, y de modo muy considerable, gracias al entusiasmo y a la labor dieciochista de la profesora Cinta Canterla, de la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla, quien desde 1996 —año de su edición antológica de *La*

*pensadora*¹— ha centrado una buena parte de sus investigaciones en el estudio y edición del controvertido texto gaditano, ofreciéndonos una interpretación del periódico bastante clarificadora de su originalidad e importancia en la cultura y la sociabilidad literaria del siglo XVIII, pues hay que tener en cuenta que el periódico, debido a su calado y al eco que seguramente adquirió en su época, tuvo una reedición madrileña.

Scott Dale lo tenía difícil a la hora de abordar su estudio sobre *La pensadora*, pero, en cualquier caso, partía de un estado de la cuestión donde ya quedaban resueltos algunos de los problemas que más polémica e interés habían despertado en la escasa crítica que se había acercado al periódico gaditano. Y aunque, efectivamente, hay elementos muy elogiables en este nuevo trabajo de edición, no es menos cierto que también se da un paso hacia atrás, en lo que respecta a la consideración de la autoría, situándose en unos criterios algo antiguos y, en cualquier caso, muy superados desde los trabajos de la profesora Canterla.

Esta edición de *La pensadora* es una edición completa del periódico, según la edición gaditana de 1786 que se conserva en la Biblioteca de Temas Gaditanos, y se acompaña de un estudio introductorio que pretende ser exhaustivo sobre el texto y su contexto, donde se abordan las cuestiones —como ya hemos dicho— de su autoría, sus relaciones con el mundo del género periodístico, los problemas de su recepción, su rigor moralista o problemas relativos a si se trata de una escritura femenina o masculina. Se trata, pues, de una introducción general, bastante completa, pero que sin embargo, y a pesar de todo lo anterior, no explica la «excepcionalidad» de estos «pensamientos» gaditanos. En otras palabras, el estudio de Scott Dale, aun siendo un trabajo útil adolece de ciertas ingenuidades. Es demasiado simplista. Y su concepción de la autoría es prueba de ello. Algo parecido podría decirse del aparato crítico —que no es tal— y de las notas: son escasas y demasiado simples. Vamos a explicarnos.

A estas alturas de las investigaciones dieciochistas en el ámbito de la literatura española no podemos conformarnos con una visión tan «tradicional» del siglo XVIII y sus aportaciones literarias. *La pensadora gaditana* era, en este sentido, una oportunidad para entrar precisamente en ese otro siglo XVIII que desde hace ya algunos años se ha empezado a reconstruir sin esos prejuicios y silencios de siempre, que salpicaban a todos los géneros, pero muy especialmente a las aportaciones más específicas de la literatura dieciochesca: la novela, el ensayo, la tragedia, el sainete y el periodismo. El trabajo de Dale se circunscribe a una

¹ *La pensadora gaditana, por doña Beatriz Cienfuegos*, edición antológica de Cinta Canterla, Cádiz, Universidad, 1996. Otro trabajo suyo importante sobre *La pensadora* es «El problema de la autoría de *La pensadora gaditana*», *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, 7 (1999), págs. 29-54.

manera algo antigua de entender el Setecientos, una manera muy mecánica, que reduce la fuerza de la novedad y originalidad que se puede encontrar en la nueva literatura, de la que *La pensadora gaditana* es una clara muestra. Por eso, el análisis que nos propone, tanto en la introducción como en las notas explicativas, es un análisis correcto aunque limitado. Esto es, no se entra en el complejo entramado comunicativo que implica la aparición del texto, en especial en lo que se refiere, por ejemplo, a su peculiar contexto gaditano, en cuya excepcionalidad como modelo social y cultural respecto a la burguesía ilustrada residen una buena parte de los factores, opiniones y técnicas sobre las que se sustentan las opiniones de la deliberadamente misteriosa doña Beatriz Cienfuegos. Porque, como bien demuestra Canterla, el misterio que rodea a la supuesta autora —tanto si es una mujer, como si no— es la clave para entender la complejidad de *La pensadora*. Un misterio deliberado que tiene que ver, y mucho, con las nuevas estrategias comunicativas y las nuevas funciones de la literatura, que ahora se convierte en un activo de fuerte participación social, al amparo de la también nueva «opinión pública».

Partía, pues, el profesor Scott Dale —lo tenía difícil— de un estado de la cuestión bastante moderno, que elude en todo momento, para situarse en las interpretaciones de siempre, más cómodas y más fáciles. En otras palabras, debía haber comprendido los problemas de su publicación gaditana y las nuevas estrategias de la literatura moderna. Sin embargo, como si de un lector tradicional de la época se tratara, cae en la trampa de la ambigua autora, que como mujer —toda una novedad— firma todas las entregas de sus «pensamientos».

ALBERTO ROMERO FERRER